

Las masculinidades de los hombres homosexuales

| en *Plata quemada*,
de Ricardo Piglia

Masculinity in Male Homosexuality

| in *Plata quemada*,
by Ricardo Piglia

John William Archbold*
Universidad del Atlántico, Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/cl.22.2015.7>

* Licenciado en Ciencias Sociales, Estudiante de la Maestría en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico. Es periodista cultural, colabora con diversos medios de carácter local y nacional. Su área de interés son los estudios de varones y masculinidades aplicados a la crítica literaria. Esta es su primera publicación de carácter especializado.



Recibido: 13 de marzo de 2015 * Aprobado: 24 de abril de 2015

Resumen

El artículo propone un análisis de la novela *Plata quemada* (1997) de Ricardo Piglia desde los postulados de los Estudios de varones y masculinidades. A partir de estos, se revisa la función que cumple el imaginario en torno al rol de género masculino, específicamente en lo que concierne al origen y desarrollo de la violencia. También se examina la influencia del fallogocentrismo en el hombre homosexual y la influencia de la mujer en la construcción y disputa de los roles de género en estos individuos. El objetivo central es ver la manera en que la cultura patriarcal y heterosexista está presente en el varón homosexual como en el resto de la sociedad, proyectándose tanto en su visión del mundo como en sus dinámicas de comportamiento, y también como un factor coercitivo en su relación con los individuos y colectivos que lo circundan.

Palabras clave

Masculinidad, Homosexualidad, Violencia, Fallogocentrismo, Poder.

Abstract

In this article, the author proposes an analysis of the novel *Plata quemada* (1997) by Ricardo Piglia, from the postulates of Men and Masculinity Studies. Through these, we examine the purpose of the imaginary about the role of male gender, with regard to the origin and development of violence. We also study the influence of the concept of phallogocentrism in the homosexual man, and the influence of women in the construction and dispute of masculine roles. The center goal is to review how the patriarchal and heterosexist culture is present in the homosexual male as well as in the rest of the society, projecting itself in his vision of the world and in his behavior dynamics, and also as a coercive factor in his relationship with other individuals and groups around him.

Keywords

Masculinity, Homosexuality, Violence, Phallogocentrism, Power.

Considerar que *Plata quemada* (1997)¹, la tercera novela del escritor argentino Ricardo Piglia, está inserta dentro del catálogo de la literatura homoerótica latinoamericana, podría ser una afirmación bastante discutible. Sin embargo, las características concretas de la historia recreada en la obra sugieren cierta filiación con esa categoría. Hugo Achugar (1999) en su artículo “Apuntes sobre la construcción de un nuevo espacio en la literatura homoerótica latinoamericana”, nos permite inferir que esta denominación es un ejercicio de reconocimiento que busca combatir el silenciamiento de la condición homoerótica de ciertas obras y escritores, estimulando la investigación de estas problemáticas en el horizonte literario. En el caso concreto de esta obra, y aunque el autor manifiesta que su intención no era la de retratar la historia de una pareja de homosexuales, sino reconstruir el relato de un asalto bancario perpetrado por un grupo de maleantes entre los que se encontraban dos individuos con esta orientación (Berg, 2001), la narración nos aporta una perspectiva superior del plano personal, social y cultural de estos dos personajes, a los que, en todo caso, se les concede una atención especial (Torres Gutiérrez, 1999). Esto haría posible afirmar que ese ejercicio de reivindicación al que se refiere Achugar es efectivamente el mismo reto que asumió Piglia pues el autor no se limita a señalar la orientación sexual de los hombres, sino que además lleva a cabo una detallada recreación de la misma, humanizando los factores que convergen en el universo personal de los protagonistas.

Como Piglia explica en el epílogo del libro, le tomó poco menos de tres décadas reconstruir los hechos acaecidos después de presenciar el asalto a un carro transportador de valores en la primavera de 1965. Para lograrlo, el escritor se internó en una profunda investigación, más periodística que literaria, que le aportó una perspectiva cercana a la de la historia. Sin embargo, como él mismo lo admite, la tendencia ficcional triunfó y, en algunas ocasiones la historia real se convierte solo en una convención para desarrollar una trayectoria propia (Vásquez, 2001), en la que decide, por ejemplo, estructurar más complejamente las personalidades de “los mellizos”, Marcos “el Gaucho” Dorda y Franco “el Nene” Brignone, su particular relación y especialmente sus modos de asumir un lugar en el mundo.

Aunque no son pocos los estudios literarios que han surgido en torno a la obra, causa extrañeza observar que estos suelen ignorar las consonancias directas de la

1 La obra resultó ganadora del Premio Planeta de novela en el año 1999, frente a un jurado encabezado por Mario Benedetti. Luego fue llevada al cine en el 2001 por Marcelo Piñeyro. El filme obtuvo dos galardones en los premios Goya. Esto, y la reputación de Piglia como teórico literario, hicieron que la novela despertara el interés de la crítica especializada desde su publicación.

presencia de la homosexualidad en la historia y se circunscriben a otros aspectos. Por mencionar algunos, tenemos el trabajo de María Coira (1999), el cual analiza los elementos ideológicos que constituyen los parámetros estructurales de la novela negra y cómo esta muestra un desarraigo de las nociones tradicionales de crimen para dar lugar a nuevas adhesiones en las que se pueden observar elementos que no suelen estar presentes en las obras canónicas de este género. La homosexualidad aparece como uno de esos elementos, pero no es abordada en específico, ni tampoco son tenidas en cuenta sus implicaciones concretas. Por otro lado, Julio Premat (2002) anota que la novela implementa un argot del mundo del hampa bonaerense y que este es uno de los mecanismos a través del cual se logra una mayor verosimilitud textual; el empleo de la oralidad fortalece, pues, el punto de vista estético de la misma. Este trabajo evade por completo la posibilidad de que en la obra se utilicen terminologías propias de la comunidad homosexual, y la relación que podría establecerse entre estos y el contexto criminal. Sandra Garabano (2003) también se preocupa por ese dispositivo narrativo y más concretamente por su posible artificialidad, sin tampoco establecer este tipo de conexión.

Ricardo Piglia: La escritura y el arte nuevo de la sospecha (Mesa Gancedo, 2006) es una antología de ensayos en la que distintos autores reflexionan sobre el trabajo teórico y creativo de Piglia; en ella encontramos varios textos que mencionan y estudian el argumento de *Plata quemada*, sin que la homosexualidad de los protagonistas sea siquiera mencionada. Por su lado, Edgardo H. Berg (2001) realiza un ensayo en el que expone un análisis filosófico de los factores que componen el proceder criminal en la novela, pero en ningún momento señala la posibilidad de que la homosexualidad, o la pugna de los valores masculinos que esta sugiere, sean factores que entren en juego. En Colombia, encontramos, entre otros, una tesis de la Maestría en Estudios Literarios de la Universidad Nacional (Valderrama Rengifo, 2013) en la que se afirma que *Plata quemada* es un ejercicio de reconstrucción histórica auxiliado por la creación ficcional y que como tal establece los cimientos de una perspectiva social y por supuesto literaria; sin embargo, la percepción social de la homosexualidad que es proyectada en la novela no es tenida en cuenta. Confirmamos así lo señalado por Achugar (1999): los estudios literarios han estado poco interesados en desarrollar investigaciones enfocadas al análisis de la homosexualidad, tendencia que vemos presente en los estudios en torno a la novela del escritor argentino.

Por esta razón, en el presente ensayo analizaremos los elementos de la masculinidad manifiestos en *Plata quemada*, concretamente en sus dos protagonis-

tas: Marcos y Franco. Nos apoyaremos en los postulados de Elisabeth Badinter (1993) y otros teóricos de los Estudios de varones y masculinidades para analizar sus características y comprender con mayor profundidad la recreación del hombre homosexual que proyecta Piglia, y especialmente, la influencia de la cultura patriarcal y heterosexista en esta construcción.

Afirmamos que, a pesar de que la homosexualidad comúnmente se sitúa como una disidencia del rol de género masculino tradicional; en la novela se demuestra que este continúa dominando incluso expresiones sexuales que no son compatibles con el patriarcado hegemónico, a pesar de los visibles choques que esto conlleva. En otras palabras, a través de la relación entre el “Gaucho” y el “Nene” se expone que la hegemonía de los esquemas patriarcales y heterosexistas tiene dominios tan extensos, que definen incluso los marcos en los que se desarrolla una expresión sexual contraria a su propio régimen.

Un primer hecho que llama la atención en la novela es la prominencia que tienen “los mellizos”. En gran parte del relato el narrador focaliza los hechos desde la perspectiva de alguno de los dos y, en ciertos casos, de ambos, como si efectivamente se perfilaran como una unidad. Si bien Piglia no abusa de la orientación sexual ni de la relación existente entre los dos maleantes para desarrollar su relato —pues la obra se enfoca en los datos y hechos relevantes del asalto, la huida y la persecución—, brinda una atención especial a estos dos personajes. Esto es curioso si tenemos en cuenta que la historia, como nos explica el narrador en el epílogo, le fue referida en primera persona por Blanca Galeano, la amante de “El Cuervo” Mereles, uno de los secuaces de la banda de Malito y quien acompaña a “los mellizos” hasta el final. Es imposible no preguntarse en esta instancia por qué la novela le otorga un mayor protagonismo a unos personajes que se encuentran más lejanos de la fuente primaria.

La elección de Piglia puede corresponder a la necesidad de contextualizar la historia con medio de la realidad social de aquel entonces. Nos podemos hacer esa idea al revisar la investigación de Jorge Salessi, titulada *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina* (1995). En este libro se aborda el condicionamiento político que se le dio a las consideradas “desviaciones sexuales”. Según explica Salessi (1995, p.179), existía un mecanismo que buscó “controlar, estigmatizar y criminalizar una visible y compleja cultura de homosexuales y travestis extendida en todas las clases sociales del Buenos Aires del periodo”. En la Argentina de aquel entonces era necesario crear y reforzar desde la institucionalidad unos parámetros de na-

ción y sociedad, para lo que se patrocinaron unos modelos establecidos mientras se despreciaban otros. Piglia busca reflejar esa realidad con todo el peso social y cultural. Muestra de ello está en las constantes anotaciones que hace la policía, en las que equipara la homosexualidad con ciertos estilos de vida indeseables: “Los que huyeron son sujetos peligrosos, antisociales, homosexuales y drogadictos” (p.64). También demuestra cómo este condicionamiento estaba guiado por una intencionalidad política de segregación. Al inicio, una de las primeras hipótesis tras el robo es que los maleantes pueden pertenecer a una organización de la resistencia peronista, y los más conocidos militantes de estas fueron los primeros sospechosos. Así pues, en la elección de los protagonistas de la historia, Piglia se enlista en un ejercicio de vindicación de sus realidades, mostrando la complejidad de otros ámbitos y formas de vida que obligan al lector a realizar un ejercicio de comprensión menos procesado por el discurso hegemónico.

El efecto de la construcción de este aparataje ideológico tendrá consecuencias concretas sobre todos los individuos, tanto receptores del mensaje como sujetos del mismo. Por eso es importante tener claro el contexto histórico-social de los individuos, pues sus acciones van a estar reguladas por el medio que los precede. La marginación social que sufren los homosexuales y que Piglia refleja a través del discurso del medio circundante es un factor definitivo, que mantiene a los personajes en la exclusión y el relego. La respuesta de ellos se hará manifiesta en la oposición a los convencionalismos que los rodean, oposición que guía sus actuaciones. Foucault (1987) anotaba que la intervención del otro es un factor clave para la definición del ser. En este caso, cuando esa mediación parte de un proceso agresivo que menoscaba, excluye y niega al individuo, este responde replicando esa acción por medio de la competencia. Tratar de superar al otro es una manera de negarlo y, por ende, de afirmarse a sí mismo. Por ejemplo, para Dorda y Brignone, rechazados desde el discurso social y cultural por no representar el modelo perfecto de masculinidad que la sociedad exige, surge la necesidad de afirmarse en torno a esa oposición. La violencia, al ser una expresión que exige fuerza y valentía, bastiones esenciales de la masculinidad hegemónica, se convierte en el mecanismo más inmediato que les permite reclamar un lugar en el mundo y la igualdad ante sus congéneres; les brinda la potestad de promulgar sus propias reglas pero, ante todo, rebatir ante la opinión pública cualquier cuestionamiento sobre su devenir varón alejado del modelo del estereotipo patriarcal y heteronormativo.

El aspecto social más importante de esta novela es la violencia descarnada que se vive de principio a fin y de la que nadie puede salvarse, ni siquiera los mismos

perpetradores, pues en el epílogo se nos informa de la muerte de Dorda. Elisabeth Badinter (1993) tiene su propia explicación para esa violencia aparentemente natural en el macho. Según ella, los hombres viven una presión social constante al verse en la obligación de demostrar su masculinidad. Uno de los mecanismos históricamente establecidos mediante el cual el hombre defiende la superioridad de su género y su pertenencia al mismo es la lucha, un concepto introducido por Badinter para denominar el recurso mediante el cual el hombre reacciona en contra de su dimensión femenina, manifiesto en la competencia física, y por ende violenta, hacia los demás hombres. Es el modo en que pone a prueba su poderío en una mutilación progresiva de su propia feminidad latente. En el caso de Dorda, sus manifestaciones violentas vienen desde la infancia, cuando descuartizaba a los pollitos de su madre, y se fortalecen con la adolescencia y su padecimiento mental. Es interesante que el recrudescimiento del comportamiento de Dorda coincida con sus primeras experiencias sexuales con hombres: “Dorda siempre quiso estar en la gracia de Dios e incluso su madre declaró que había querido ser sacerdote [...] pero cuando fue, se lo levantó un linyera en el camino y ahí empezaron sus desdichas” (p.57). Los hospitales psiquiátricos a los que llega a ser internado y donde continúa teniendo contactos sexuales con hombres siguen manteniendo esa conexión entre el ejercicio de su homosexualidad y su comportamiento errático. En el caso de Brignone, acepta que tras su entrada injusta a la cárcel inician sus contactos sexuales con otros hombres y también su exposición a la violencia: “En la cárcel me hice puto, drogadicto, me hice chorro, peronista, timbero, aprendí a pelear a traición, a partirle la nariz de un cabezazo a tipos que si los mirás torcido te parten el alma” (p.63). Con esto nos queda claro que, apoyados en la perspectiva de Badinter (1993), la violencia es el mecanismo de lucha que “los mellizos” tienen a su alcance. Con ello intentan combatir su propia homosexualidad y tratan de demostrarle a los demás y a sí mismos que no han perdido la fortaleza y la valentía que los certifica como hombres.

“Los mellizos” logran inscribirse dentro del mundo del hampa a pesar de su homosexualidad y el carácter público de su relación. Ellos no la ocultan, todos sus compañeros lo saben, y aunque Malito menciona explícitamente que no le gusta trabajar con putos, percibe desde el inicio a Franco y a Marcos como personajes propicios para confiarles un lugar dentro de una operación tan delicada como la que viene ejecutando. Malito logra ver a “los mellizos” de esta forma porque han adoptado unos estándares que los acercan al ideal heterosexual. Como menciona Eric Lamien en entrevista con Didier Eribon (2000), persiste una discriminación discreta que tolera a los homosexuales siempre y cuando estos borren las huellas que los identifican como tal. Muchos se acogen a este trato para lograr

la aceptación social, creyendo que con ello pueden mantener un equilibrio entre su identidad homosexual y masculina, sin percibir que al adaptarse se convierten en reproductores de las normas sociales tradicionales. Fiel a este discernimiento, Piglia nos muestra a unos personajes que son aceptados en la medida que se muestran asimilados por el modelo de masculinidad imperativo. En este sentido, la lucha de la que nos habla Badinter, no solo se convierte en un mecanismo para reclamar una posición, sino que también sirve como un dispositivo adaptativo que les permite camuflarse entre las más duras normas del patriarcado. Es decir, no se independizan de la sociedad que los otrificó; por el contrario, se unen a ella, reduciendo las características que los convierten en alteridad. Con esto agregan a su concepción de masculinidad unas exigencias adicionales en la conducta sexual que, como veremos más adelante, los mantendrán inmersos en esa constante necesidad de vindicar su condición de varones.

Piglia juega en su obra con las apariencias y los estereotipos desde el principio. Mientras describe a Dorda como un hombre grande, fuerte y pesado, Brignone es retratado como un personaje delgado y pálido, incluso de aspecto frágil en algunos instantes. Pero en su interacción sentimental y sexual, la balanza tiene una perspectiva distinta: “Son dos pero actúan como una unidad. El cuerpo es el Gaucho, el ejecutor pleno, un asesino psicótico; el Nene es el cerebro y piensa por él” (p.49). Incluso, se nos expone que Brignone ejecuta un rol de protector, y esa dominancia penetra el ámbito sexual. El Gaucho, aunque no es afeminado en lo absoluto, ha sido el parte pasivo en las relaciones sexuales, mientras que el Nene se deja ver como el sujeto activo e incluso presume las dimensiones de su miembro viril, al igual que los muchos hombres y especialmente mujeres que ha desvirgado.

Esta deliberación de los roles sexuales tiene una amplia importancia en cómo estos dos sujetos se definen a sí mismos a partir del ejercicio de su sexualidad. En el caso de Dorda, podemos observar varios ejemplos en los que este factor cumple una función tanto de validación como de automenosprecio. Cuando está describiéndole al psiquiatra aquella noche de ingreso al manicomio en donde fue violado por tres enfermeros, anota: “-Una verga de este tamaño –hacia el gesto Dorda–, no es por alabarme” (p.52). Más adelante deja claro cuáles son los motivos por los que podría regodearse: “Hay que ser muy macho para hacerse coger por un macho” (p.52). Dorda relaciona la fuerza y la resistencia con virtudes masculinas que él ejerce desde su estadio y que, por tanto, lo dignifican. Sin embargo, al mismo tiempo, reside en su interior un cuestionamiento de su

masculinidad que está ligado a su rol sexual. El que un hombre fuese penetrado por otro tenía una connotación de humillación extrema en el imaginario del bajo mundo. Esto puede evidenciarse en una acción de Malito antes de matar a un hombre que lo había traicionado: “Lo hizo arrodillar y le hundió la cara en el barro y dicen que le bajó los pantalones y lo violó mientras el cana se sacudía con la cabeza enterrada en el agua” (p.17). El narrador realiza esta descripción cuando quiere dar cuenta del calibre del personaje que es Malito, su peligrosidad. Malito no es homosexual, así que violar al hombre es en él un estricto acto de violencia que no guarda ningún compromiso de carácter sexual. Es una forma de reducir al otro, de reclamar su honor, una acción más significativa que el hecho mismo de asesinarlo.

Todo lo anterior implica que en el orden masculino, el falo puede constituirse en un bastón de poder e incluso un arma capaz de agredir. Este factor aporta lógica a la relación de prominencia y sujeción moral guiada por roles sexuales entre dos sujetos homosexuales, demostrando que el hombre en general, y especialmente el homosexual, también está sujeto al orden falocéntrico que regula las dinámicas del patriarcado. Según Jacques Derrida, citado por Madrid Ramírez (2000, p.405), la “falicidad es un atributo del ente en cuanto al ente, es decir, de la existencia misma participada de cada cosa y en férrea contradicción con la nada”. Aunque Dorda tenga un pene, el hecho de que sea penetrado por otro del mismo modo que una mujer, hace tambalear el poder y alcance de su presunta falicidad, lo rebaja, equiparándolo, en su percepción –y probablemente también en la apreciación social– a una mujer. Esta situación es algo que le produce una angustia que confluye con su propio estado mental. Según el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría DSM - IV*, las alucinaciones relacionadas con trastornos esquizoideos son particulares en cada individuo, y están directamente relacionadas con sus miedos e inquietudes más profundas (Asociación Americana de Psiquiatría, 2001). Las voces que escucha Dorda en sus alucinaciones son femeninas, mujeres que se burlan de él menoscabando su hombría, un cuestionamiento del que él, muy en el fondo, estaba convencido:

Le decían Guacha, a veces las voces lo llamaban así, las mujeres, al Gaucho Dorda, vení Guacha, Yeguita, y él se quedaba quieto, sin moverse, para que nadie oyera lo que estaba diciendo, triste, mirando el aire, con ganas de llorar pero sin llorar para que nadie se diera cuenta de que era una mujer. (p.50)

El profundo sufrimiento de Dorda por no ser capaz de defender su masculinidad ante sí mismo, contrasta con la aparente seguridad del Nene, quien ha creado en torno a sí suficientes mecanismos de defensa como para alejarse de la exposición que sufre su amante. Siendo también él parte activo de la relación, es también quien ejecuta un rol de protector y decide las acciones que ejecutarán. Por lo tanto, aunque no hay una imposición autoritaria y violenta del poder por parte del Nene, el orden falogocéntrico sigue primando en una relación entre dos hombres, definiendo las perspectivas de poder que cada uno tiene de sí mismo y frente al otro. Esto alimenta el sentimiento de superioridad del uno y el complejo de inferioridad del otro, creando una tensión dentro del orden masculino parametrizada substancialmente por el desempeño sexual.

Pero no solo la corporalidad y la estructura ideológica del medio se constituyen en factores definitorios en la construcción del rol de género, también la interacción social interviene, y en este aspecto vale la pena analizar la relación con el sexo opuesto. Monique Wittig (2006) considera que la construcción del género, tanto masculino como femenino, pende de una interdependencia en la cual se definen patrones de lo que es lícito en el comportamiento de uno con respecto al otro. De modo que la mujer tiene una influencia importante en la caracterización de lo masculino, muchas veces actuando como árbitro para que los hombres cumplan con los esquemas de comportamiento que la heteronormatividad les ha impuesto. Partiendo de este razonamiento, en lo que tiene que ver con las interacciones que individuos homosexuales tienen con mujeres, es importante constatar que cada uno de los modos de relacionarse tiene influencia sobre estos cimientos que persisten en la definición de cualquier hombre como tal, en especial teniendo en cuenta que el imaginario popular ve la homosexualidad masculina como una distancia con el varón y al mismo tiempo una cercanía inexorable con su alteridad genérica, la mujer. Al respecto Badinter (1993) propone que es necesario revisar el papel que juega la madre en la definición del varón. Analizando sus propias variantes sobre el complejo de Edipo, la teórica considera que la madre es precisamente el punto de referencia desde el cual el niño define lo que implica ser varón, tratando de marcar una distinción entre su madre y sí mismo, convirtiendo a esta en una referencia inversa de lo que debe llegar a ser.

Con respecto a Dorda, vemos que conserva con su “finada madre”, como suele llamarla, una relación problemática porque esta intuía su “naturaleza perversa” y, de algún modo, trataba de condicionarlo reprendiendo sus acciones. El fantasma de la madre no se pierde en ningún momento y aparece como único referente familiar influyente e importante en la vida del personaje, la sola figura de autoridad capaz de doblegar sus impulsos. Aunque no conocemos los detalles de la interac-

ción de Dorda con su madre, podemos pensar que todavía lucha con ese proceso de diferenciación, pues siempre va en contravía del deseo de la madre. Ella le decía que terminaría mal y él no hace mucho por desmentirla: se conduce directo a esa instancia porque este quizá es el único modo en el que logrará distanciarse de ella. Acogiendo el punto de vista de Badinter, podemos decir que Dorda lucha contra los valores que representan a su madre como una estrategia para rechazar en definitiva la feminidad que puede proyectarse en sí mismo.

Mientras tanto, Franco Brignone, el Nene, guarda una relación distinta con las mujeres, habilitada especialmente por su bisexualidad. A diferencia de Dorda, ha mantenido contacto sexual con mujeres y los sigue sosteniendo aun estando con él, aunque también con otros hombres por medio de la prostitución, todo con el consentimiento de Dorda, quien por causa de sus padecimientos mentales no siempre puede complacerlo sexualmente. La relevancia que tienen estas relaciones para Franco queda clara en el cuarto capítulo donde, ya en Montevideo, hastiado del encierro, empieza a frecuentar las zonas de tolerancia, donde se prostituye como siempre por cualquier centavo y sin ninguna necesidad. Allí conoce a Margarita, una chica con la que forja una íntima relación que se constituye en un escape de toda la situación que vive: “Mientras estuviera con ella solo iba a tener que acompañarla y dejarse llevar y estar con la mujer un tiempo, lejos del gaucho Rubio, del mellizo, lejos del Cuervo por un rato, como un tipo normal” (p.74). Estar con una mujer es para el Nene un modo de validarse ante los demás: “[...] y le gustaba que lo vieran con ella algunos de los hombres que habían sido sus clientes y habían estado con él la noche antes” (p.71). Su interés por Margarita no tenía ningún compromiso sexual, solo quería fraternizar con ella y utilizarla para tomar distancia de los homosexuales que lo rodeaban: “Siempre había querido tener una hermana, una mujer joven y hermosa, en la que pudiera confiar y a la que estuviera obligado a mantener lejos de su cuerpo. Una mujer de su edad con la que exhibirse sin que nadie supiera que era su hermana” (p.72).

Pero la férrea franqueza de este personaje femenino lo convierte en una especie de némesis para Franco. Ella misma declara después: “Como todos los que representan el papel masculino con otros hombres, el Nene era muy quisquilloso en la cuestión de su masculinidad” (p.72). Es por eso que desde el principio, las afrentas verbales tan violentas de esta chica lo amedrentan: “El Nene estaba tan acostumbrado a fingir y a que todos le mintieran, que se alucinó y tuvo miedo. No le gustaba que las mujeres lo encararan y le dijeran que era un puto” (p.71). El Nene se siente afectado por esta situación. Margarita lo controvierte en todas las afirmaciones con las que intenta disimular su atracción por los hombres, y por

eso este llega a sentir la necesidad de revalidarse a través de otra táctica: el sexo. Cuando trata de coaccionarla para que tengan relaciones, esta responde de forma enfática, acusatoria y dejándolo sin alternativas: “Todos ustedes están todo el tiempo diciendo siempre que son machitos y lo hacen con mujeres para demostrarlo y cuando lo hacen entre ustedes dicen que solo es por plata. Por qué no largas todo si realmente quieres dejarlo [...]” (p.79). El Nene se siente descubierto ya que sus interacciones sexuales con hombres distintos a Dorda siempre están mediadas por el dinero, porque este es su mecanismo personal para no admitir la necesidad que lo incita, el gusto que estas le generan. Como último recurso, recurre a una mentira que arroja una verdad:

Estoy casado, mi mujer es maestra y vivimos en la calle Liniers, tengo dos hijos. [...] Mi mujer es una santa, mis hijos son unos cerditos. Solo me entiendo con mi hermano, tengo un hermano mellizo ¿Te hablé de él? Le dicen El Gaucho porque vivió mucho tiempo en el campo, en Dolores... Tiene problemas neurológicos, es muy callado y oye voces que le hablan. Yo lo cuido y lo quiero a él más que a mi mujer y a mis hijos ¿Eso tiene algo de malo? (p.79).

Badinter (1993) anota que una de las muchas razones que impulsan al hombre a dominar a una mujer y a depender de la filiación monogámica, es querer distanciarse de ella. El mejor modo de no proyectarse como una mujer consiste en poseer una. El Nene pretendía acercarse a Margarita para fraternizar, pero al ser encarado por ella tuvo que utilizar su potencia sexual (otro factor virilizante) para acallar los cuestionamientos. Él no tiene y no desea tener una mujer, pero ya que su foco de autopercepción está mediado por la manera en que lo ven los otros, crea una ficción alterna en la que quiere convencer a Margarita de que tiene una mujer, de que la puede tener a ella, porque él no es una mujer. Sin embargo, en medio de ese intento de defensa y a pesar del camuflaje que se impone, afloran sus verdaderos sentimientos: su amor por Dorda.

Ese amor existe entre ambos y es correspondido: “Se acordaba Dorda y lo quería al Nene. No podía expresarse, pero era capaz de dar la vida por Brignone” (p.56). Este es el punto de quiebre absoluto para la performatividad que ambos ejecutan, condicionada por el temor y el conflicto que genera el contexto en el que están inmersos, en tensión con sus realidades personales. Nos queda claro a partir de estas rupturas que su comportamiento no corresponde a una caracterización esencial, sino a un artificio asimilado desde la configuración cultural. Entre ellos,

cuando no están sometidos a la presión de otros individuos, nunca hay un intento de fingir lo que son, pueden admitirlo con perfecta sinceridad, a pesar de no poderlo expresar verbalmente:

[...] al único hombre que había querido y que lo había defendido siempre y lo había tratado como a una persona, mejor que a un hermano, como a una mujer lo había tratado el Nene Brignone, que lo entendía cuando no podía hablar y decía siempre, el Nene, lo que el Gaucho sentía sin poder expresar, como si le leyera el pensamiento. (pp.153-154)

El Nene y Dorda cuando están juntos se saben fuertes por el complemento y apoyo que constituyen el uno para el otro. Su relación es evidente y pública, ellos la admiten sin reservas², y ello se constituye en una liberación que los emancipa en más de un aspecto y les reporta seguridad. Para ambos, el único punto en el que podían deshacerse del impulso de lucha y violencia, ese eterno sentimiento de irreconciliabilidad, era cuando lograban procurar un espacio en el que solo cupieran los dos:

Y el Gaucho lo dejaba hablar y le decía que sí, a veces incluso le agarraba la mano en la oscuridad, los dos despiertos, fumando, boca arriba en la cama, en alguna pieza, en algún hotel, en algún pueblo de la provincia, escondidos, guardados los mellizos, tomados de la mano, rajando de la taquería, con las pistolas en el piso envueltas en una toalla, el auto escondido entre los árboles, parando un poco la marcha, tratando de descansar y de calmarse, dejar de rajar por lo menos una noche, dormir en una cama. (p.66)

La preocupación del uno por el otro, la dependencia que forjan, se manifiesta hasta en el momento final, en el que el Nene agoniza en los brazos de Dorda y no deja de preocuparse por su destino: “No aflojés Marquitos –dijo el Nene. Lo había llamado por el nombre, por primera vez en mucho tiempo, en diminutivo,

2 Incluso son capaces de cierto “activismo gay”: cuando Malito dice que no le gustaba trabajar con “putos” porque en su juicio hablaban demasiado, el Nene se despoja de su prominencia machista y refiere la historia de un travesti que se hizo matar antes de soltar una palabra. Este hecho llama la atención porque, a pesar de la diferenciación que busca el Nene por medio de su comportamiento, al mencionar este episodio demuestra cierto aprecio por el círculo marginado del que intenta diferenciarse.

como si fuera el Gaucho quien precisara consuelo” (p.148). Al final, en el instante de su muerte, la novela llega a un clímax sorprendente al detallar el único acto carnal explícito entre ellos a lo largo de la novela: “Y después se alzó un poco, el Nene se apoyó en un codo y le dijo algo al oído que nadie pudo oír, una frase de amor seguramente, dicha a medias o no dicha tal vez, pero sentida por el Gaucho que lo besó mientras el Nene se iba” (p.148).

Al final del enfrentamiento con la policía, cuando ya no le quedan fuerzas para seguir, Dorda se deshace de su afán de resistencia, de esa fiebre violenta con la que buscaba distanciarse de su madre, y se aferra a lo único que realmente le importaba: cuando la policía logra entrar al apartamento y lo encuentran, “Dorda estaba vivo, con la espalda apoyada en el respaldo destrozado de la cama, abrazado al Nene como quien sostiene una muñeca en brazos” (p.163). En la escena final de la novela, mientras lo transporta la ambulancia, al tiempo que parece establecer una tregua con la vida, Dorda piensa en lo único que le importa: “Iba entonces ahora a reunirse con el Nene Brignone, en el campo abierto, en el trigal, en la noche tranquila” (p.164).

A lo largo de este ensayo hemos buscado demostrar cómo *Plata quemada* de Piglia no se limita a la exposición de una nueva tipificación de maleantes, sino que muestra una caracterización muy completa de hombres que son fruto de un sistema en el que la segregación es un mecanismo de construcción de la identidad y al mismo tiempo de ruptura, iluminando un verdadero panorama del vivir y el sentir del hombre homosexual y su relación con la sociedad, una relación alienada por la influencia de la normatividad cultural imperante.

Analizar esta obra desde los estudios de las masculinidades nos permite realizar un hallazgo muy importante, al definir el modo en que dicha segregación se convierte es un aliciente para la violencia. La lucha, desde la conceptualización de Badinter, es un ejercicio que se configura ante las necesidades y condiciones, y en el caso de “los mellizos”, genera una explosión de agresividad y desprecio cuyas ondas equiparan la intensidad del debacle que los ha dominado. Pero una de las conclusiones que debemos tener en cuenta es la que podemos extraer desde la cita de Derrida y el análisis que suscitó desde el texto de la novela: la simbología falogocéntrica, que tanto se ha explorado desde el feminismo, también tiene su efecto en el varón y en las relaciones entre varones. La falicidad y el poder que esta enmarca cimientan una jerarquía entre hombres heterosexuales y homosexuales y las nociones de lo que se tiene como más cercano a lo masculino y a lo femenino. Esto crea también rupturas dentro del orden homosexual y se convier-

te en un estímulo para que los mismos individuos busquen un distanciamiento de lo que se considera propio de esa manifestación. Entre hombres, la falicidad sigue siendo una referencia de dominación, sigue estando en pugna y continúa siendo un referente definitivo en las relaciones de poder.

El relato de Piglia también nos ayuda a detallar la manera en que la mujer interactúa en la construcción del género masculino, los órdenes en los que se establece esa simbiosis y su impacto inmediato. La interacción de los personajes principales de la novela con mujeres, especialmente las madres y esposas/parejas, permite que entendamos la función simbólica que estas ejecutan dentro del patriarcado en la construcción de su identidad de género (Badinter, 1993), siendo el propio concepto de lo femenino la principal referencia para la definición particular de lo masculino.

Finalmente, la conclusión principal que podemos extraer de la obra de Piglia y este análisis desde la teoría de varones y masculinidades consiste en que los hombres homosexuales como Dorda y El Nene son tan susceptibles a los esquemas patriarcales como los hombres heterosexuales, puesto que la definición de ambos opera desde el mismo fundamento. Los homosexuales también se constituyen en cuerpos movilizadores por estereotipos heteronormativos que ejecutan funciones similares, aunque al final impacten en objetivos distintos. La teoría de Elisabeth Badinter ha sido fundamental para dilucidar los choques y pugnas que orientan las dinámicas de la masculinidad. Según ella, ser hombre, en diversas ocasiones, puede ser tan difícil y doloroso como ser mujer, sobre todo cuando se actúa sobre una base que no concuerda de lleno con los esquemas más básicos del modelo patriarcal.

Referencias bibliográficas

- Achugar, H. (1999). Apuntes sobre la construcción de un nuevo espacio en la literatura homoerótica latinoamericana. *Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, 13, 91-105.
- Asociación Americana de Psiquiatría (2001). *DSM-IV-TR: Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Buenos Aires: Masson.
- Badinter, E. (1993). *XY. La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Berg, E. (2001). Asesinos por naturaleza: Sobre *Plata quemada* de Ricardo Piglia (segunda reflexión). *Celehis: Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 10, 95-109.

- Coira, M. (1999). Ciudades y crímenes argentinos recientes, en claves novelescas de Jitrik y Piglia. *Celehis. Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 8, 79-101.
- Eribon, D. (2000). *Identidades, reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Be-laterra.
- Foucault, M. (1987). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Endimión.
- Garabano, S. (2003). Homenaje a Roberto Arlt: Crimen, falsificación y violencia en *Plata quemada*. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 42(1), 115-141.
- Madrid Ramírez, R. (2000). Derrida y el nombre de la mujer. Raíces deconstructivas del feminismo, los estudios de género y el Feminist Law. En *Anuario de la Facultad de Derecho* (403-429). La Coruña: Universidad de La Coruña.
- Mesa Gancedo, D. (Ed.) (2006). *Ricardo Piglia: La escritura y el arte nuevo de la sospecha*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Piglia, R. (2013). *Plata quemada*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Premat, J. (2002). Los espejismos del decir: Oralidad y experiencia en *Plata quemada* de Ricardo Piglia. *Pandora*, 2, 169-180.
- Salessi, J. (1995). *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina*. Buenos Aires: Biblioteca Estudios Culturales/Beatriz Viterbo Editora.
- Torres Gutiérrez, C. (1999). *Plata quemada*, en el umbral de la novela policíaca posmoderna. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, 12. Recuperado de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/plataque.htm>
- Valderrama Rengifo, J. (2013). *La novela negra latinoamericana: Abril rojo, Scorpiocity y Plata quemada. Fascinación o memoria* [Tesis de maestría]. Bogotá: Universidad Nacional. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/10801/>
- Vásquez, J.G. (2001). “El arte es extrañamiento: Una manera nueva de mirar lo que ya vimos”. Entrevista a Ricardo Piglia. *Revista Lateral*, 73. Recuperado de http://www.avizora.com/publicaciones/reportajes_y_entrevistas/textos_0002/0033_ricardo_piglia.htm
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.